

El vulgo hablaba en Venecia de aquellas ausencias del Conde y de la vida un poco rara de Mónica Poldo, viajando con Marco Fortis, de posesión en posesión, y teniéndole en su casa y sentándolo á su mesa mientras permanecían en Venecia.

Ya hemos visto que Marco Fortis no se atrevía á desmentir estas hablillas.

La misma turbación que revelaba en su rostro cuando sus amigos le hablaban de la Embajadora, parecía fomentarlas.

Había además la vida privada del Constructor.

Misógino, tímido y sensual al mismo tiempo, sólo un gran amor podía explicar satisfactoriamente estas tres condiciones que tenía comunes con otros grandes artistas de su tiempo, Marco Fortis.

No se concebía degeneración en creador tan fuerte como era el «Constructor».

¿Qué había pues de verdadero en sus relaciones con la Embajadora?

Aconsejamos á nuestros lectores que mientras llega el momento de averiguarlo concienzudamente, pongan en cuarentena las vulgares malicias que hemos escuchado al pie del Rialto, porque, como dijo Gabry á su manera, un poco campanuda y rimbombante, no sólo Marco Fortis, sino toda Italia «gusta de los juegos arrogantes de palabras».



CAPÍTULO CUARTO

I

EL taller del Constructor en el Palazzo Poldo.

Un ventanal enorme de menuda cristalería á cuadros se abre en uno de los muros sobre el «campo» solitario que hace unos instantes ha atravesado Marco Fortis, haciendo resonar sus pasos en el silencio de la noche.

Frente al ventanal, una puertecita menuda que comunica con la larga escalerilla de piedra en que le dejamos enfrascado.

A la izquierda otra puerta que comunica con las habitaciones fastuosas del arquitecto-artista.

Y otra puerta á la derecha que da á

un corredor por el que se une el pabellón de Marco Fortis, al resto de la espléndida morada.

Ya hemos dado una idea de la escena. ¿Describiremos los accesorios?... ¿Para qué?... Cada cual tiene una idea vaga de lo que debe ser el taller de un artista. Eso. Marco Fortis sentiría que le hiciéramos traición defraudando con una descripción á destiempo el alma de una atenta lectora sentimental y provinciana.

Añadamos que el enorme ventanal, al pie del cual, sobre una mesa desmesuradamente larga, se amontonan planos, lápices, tintas, flores, yesos y otros artefactos, tiene unas grandes cortinas negras, partidas en estolas verticales, para graduar la luz. En este momento, la claridad serena de la luna se filtra por un trozo del ventanal, bañando y encantando la gran sala.

Por el corredor que va desde el taller á la morada señorial, avanza una figura lentamente. Trae, en las manos, una lámpara y, como el corredor es largo, solo muy borrosamente advertimos que es mujer y que su rostro, recogiendo todo el haz de resplandores de la lámpara, emerge de la obscuridad apacible y dorado como un sol.

Se abre la puerta que comunica con la larga escalerilla.

La figura que venía avanzando por el corredor, se detiene unos instantes.

Marco Fortis entra en el taller.

La figura reanuda su marcha penetrando, casi al mismo tiempo.

—Buenas noches, Mónica Poldo... Me entretuvieron los amigos, los quehaceres, los despidos.

—Y tal vez los amores... ¡Oh, mi querido Marco, no le pido á V. cuentas de su tiempo! Pero deseaba hacerle todavía unas indicaciones respecto á nuestro proyecto y me ha hecho V. velar...

—Lamento...

—Abrevie V. lamentaciones y líbreme del peso de esta lámpara... Vea, no tengo vocación de musa iluminadora en asilos de artistas sin galantería...

—¡Oh!...

Marco Fortis, aparece dominado, cohibido, torpe, delante de la imponente veneciana... ¡qué otro del que se forja el vulgo por el solo aspecto dominador y recio de su obra!

Casi temblando toma de manos de Mónica Poldo que le mira en pleno rostro, tranquila, con una semi-sonrisa burlona, la lámpara pequeña. La coloca sobre su mesa de trabajo, y permanece allí, como esperando órdenes.

—¿No nos sentamos, Marco?

El Constructor acerca unas sillas: aquella serenidad y calma de la vene-

ciana le humillan, sin saber por qué. En estos momentos la odia.

Ella se ha sentado.

Marco Fortis continúa en pie, junto á su mesa.

¡Ah! ¿por qué no encuentra, en estos momentos, dentro de su alma aquellos arranques de energía y orgullo satánico con que el Buonarotti atemorizaba al Papa tirano, trazando sus frescos, en las bóvedas de la Sixtina?...

Marco Fortis se muerde los labios y su alma se le encabrita dentro del cuerpo, agresiva, aguardando el momento de tomar su desquite sobre la veneciana.

II

—Creo que ha comprendido bien mi idea, Marco Fortis—dice ella.—Es preciso que los planos estén listos, y echados los cimientos cuando el conde y yo lleguemos á España.

—Todo eso es material, Mónica, no insista—replica Marco.—Hay una cierta brusquedad en sus palabras: un ligerísimo rubor en su piel de artista libre, al recibir las órdenes. Mónica finge no advertirlo, como cada vez que esto sucede, para darse el placer, tal vez muy femenino, de apoyar en ello.

—Material; pero necesario. No tiene

usted otro defecto que la pereza, Marco.—Hay que enseñarle el látigo.—Y luego, suavemente, bañando con un bálsamo de dulcísima alabanza, la recién abierta herida:

—En cambio no insisto sobre el asunto; ni le hablo de las proporciones, ni le doy siquiera una idea: aquí mi pobre fuerza material no puede nada y todo lo dejo en sus manos, menos la admiración que me conviene.

Marco Fortis sonríe... Y con más libertad ya, porque su alma de artista de hoy, un poco misógina, se encuentra en su terreno:

—Precisamente del asunto—dice—es de lo que me interesa hablar. Confieso mi torpeza. Estoy desorientado... muy desorientado... ¿Tiene usted tiempo?

—Nadie me aguarda.

—Entonces, hablemos...

Marco Fortis llega á su silla y se sienta. Ha estado torpe.

Mónica, que se sentó la primera, lo hizo de espaldas á la luz y su rostro, en sombras, tiene de su parte la impunidad de lo invisible para la escena que va á suceder. En cambio Marco recibiendo sobre su figura toda la luz de la lámpara, está desarmado. El Constructor hace esta observación maliciosa en el momento de sentarse y, aunque tiene

impulsos de cambiar la lámpara de sitio, se sienta sin hacerlo.

Mientras tanto Mónica, junto á la mesa, hojea unos planos.

III

Como la dama no parece decidida á romper el silencio, habla el artista.

—Confía V. demasiado en mis escasas fuerzas, Mónica.

—¡Oh, nunca bastante!

—Sí, sí; dejemos á un lado cortesías; demasiado. La idea que V. me ha expuesto es grande. Pero ¿será realizable? Vea V.: las ideas grandes y armoniosas antes de la realización, suelen ser estériles.

—No, si el artista las expresa bien.

—Yo me entiendo, las ideas grandes ya están expresadas. Se necesita para ponerse á la labor un boceto de idea casi informe, vaga. Es la obra futura la que ha de darle forma, Mónica. Pero divago: todas estas teorías no significan nada. La razón del arte está en las fuerzas del artista. Bien: pues yo no me veo con fuerzas, así, de buenas á primeras, para realizar la idea de que me hablaba V.

—¿Ha leído V. el libro que le he dado?

—¿Las «Provincias Romanas»?—Sí.—
Lo leí todo esta tarde.

—¿Y qué?

—El conde Poldo es un espíritu privilegiado, señora...

¿Por qué la voz de Marco Fortis se vela imperceptiblemente pronunciando el nombre del Embajador?—Ha pasado rápidamente por el elogio, ya apuntado, para concluir:

—... pero no es un artista. Es todo lo contrario de un artista. Un hombre de acción, que se empeña en justificar su carácter con ideas generales. En las «Provincias Romanas» explica el Conde Poldo su obsesión magnífica de los destinos imperiales de nuestra raza. Todo eso es política, es filosofía, Mónica, es grande, si V. quiere, pero no es arte. En las «Provincias Romanas» he encontrado tónicas moralidades que me infiltraban orgullos de estirpe. Pero no he encontrado una sola *intuición* de la realidad, hecha plástica. Y mi obra ha de derivar de esos *fantasmas claros, precisos, visibles*; no de las ideas generales.

—Pero las ideas generales...

—Las ideas generales estorban para producir. El misticismo mata el amor.

¿Por qué un rubor, en el rostro de Marco Fortis? ¿por qué una sonrisa indefinible en la boca graciosa y fresca de Mónica Poldo?

¿Qué prestigio tiene esta palabra

—*amor*—que no suena una vez sola en el vasto aire de los Universos sin dejar su huella en él?

IV

Mónica Poldo continúa:

—Paso porque en el libro del Embajador no haya encontrado V. más que ideas generales. Ellas no le darán la expresión artística, bien lo sé; aunque, llevándolas V. dentro, á hurtadillas de usted mismo, reforzarán esa expresión. Pero, aparte de eso. Lo que yo le he dicho ¿son también ideas generales? Me parece que no.

—Veamos, veamos, Mónica; replica Marco, más tranquilizado. A ver si hacemos algo. El plan de V. es este. Monumentalizar, en cada una de las antiguas provincias del Imperio romano, la vieja idea imperial de la Raza madre. De este modo le daremos á la Estirpe una especie de epopeya de piedra, cada uno de cuyos Cantos radicará en una de las provincias primitivas. Empezaremos por España, seguirán las Galias, la Germania, la Galo-britania, etc. El vasto sueño de dominio de nuestra raza resurgirá del sueño de los siglos y haciéndose plástico, creará almas capaces de amarlo, de comprenderlo y de realizarlo... ¿Es esto?

—¡Esto!... Los ojos resplandecientes de la veneciana tienen ahora un brillo ducal, indefinible...

Marco Fortis se levanta:

—Mónica Poldo—dice con cierta sequedad apremiante, en la entonación y el gesto:—diga V. cómo han de ser estos monumentos... ¿Palacios, templos, mausoleos, urnas?

—No sé...

—Sí; V. lo sabe: en este momento usted lo sabe: lo ve: adivino que lo está viendo: ¡hable!

—No puedo decir lo que veo; no se explica.

—¡Piense en voz alta! Ansíe, pida, jadee con palabras!

—Sí; si ya haré algo de eso.

—¡Pronto!

—Palacios no, pero esplendores—dice Mónica;—templos, tal vez, pero sin cúpulas: mausoleos, pero donde los muertos divaguen en una juventud olímpica... ¿lo ve usted?... Urnas, urnas decididamente que guarden las cenizas de la raza, pero ante las cuales arda perenne el óleo de su espíritu... ¿Me sigue, Marco?

Este le ha cogido una mano, como si quisiera por la yuxtaposición de flúidos que se infiltrara en él, de una manera material—¡oh materia, santa, santa, santa materia, madre del arte verdade-

rol—todo el ardor sibilino de la veneciana.

—No lo olvide, Marco.—En estas lámparas—¿cómo dará V. á su obra la eficacia reveladora que tiene esta palabra: *lámparas*?—en estas lámparas, que arden é iluminan de una manera perennal, quiero que esté todo el secreto y el encanto de la obra.

La mano que dejan libre á Mónica Poldo, las del artista, ha venido á posarse, dominadora, sobre el hombro de éste.

Bello aquel momento; bella la actitud; pero turbándolas de intento, añade la mujer:

—Basta: Marco Fortis, ahora tiene usted algo más que una idea general.

Sonríe.

Y retirando su mano, de entre las creadoras manos del artista dice, más femeninamente, quejándose:

—¡Me duele!...

¿Ha visto algo en la actitud de Marco Fortis? Porque, como si éste la amenazara, dá la mujer un paso atrás y levanta la mano izquierda, á la altura del hombro derecho, en la actitud esquivada de quien se impone dominador.

Marco Fortis ha bajado los ojos y se muerde los labios.

V

Hay un silencio... Mónica Poldo ha vuelto la espalda al artista y en pie junto á la mesa de trabajo, ordena planos y papeles.

Los pasos de Marco Fortis que entra y sale de su habitación, poniendo también en orden ropas, cajas, mantas, correas y pequeños artefactos de última hora, para el viaje, miden, más que interrumpen, á intervalos monótonos, el silencio embarazoso.

Sobre la mesa del artista hay un jarro con rosas.

Marco Fortis ha entrado en su habitación.

Mónica Poldo está sola, en el taller.

Furtivamente lleva su mano á las rosas: las coge en un puñado, las oprime y aprieta con furia, deshojándolas: abre la mano: caen las flores muertas sobre la mesa: Mónica Poldo se lleva con avidez la mano al rostro y aspira, estática, todo el aroma de las moribundas.

VI

Lívida, el alba, desflora como una fosforescencia, á través del ventanal, las nubes lejanas.

—¡La aurora del viaje, Marco!—dice Mónica,—volviéndose hacia el artista,

que ha acabado de ajetrear, que ha tenido un gesto de cansancio, y que finalmente se ha sumido en una otomana larga, en un rincón.

—¡Mónica!—gime más que articula el Constructor—¿por qué mandarme solo, por qué este viaje horrible? ¿qué queja tiene V. de mí?... ¿dejé de servirla alguna vez? ¿tuve rebeliones absurdas? ¿no fueron de V. las energías de mi cerebro, las criaturas de mi alma, los poderes de mi mano?

Mónica calla.

Marco Fortis cierra los ojos en su otomana para imaginarse más solo... Agradece á la mujer aquel silencio piadoso que le permite ir continuando sus lamentaciones.

—¡Mónica! ¿Dejé de estar sumiso alguna vez?... ¿y tomó V. el tributo de esclavitud de mi arte para jugar con mi corazón de esta manera?... ¡Las obras! ¡Roma, el Imperio, las provincias, qué me importan!...

—¡Marco!—grita imperiosamente la mujer.

El artista se ha callado. Rebulle en la otomana, quejumbroso como una bestia sumisa que oye crujir el látigo del domador.

La veneciana sonríe de una manera inefable. Se acerca á la otomana; se sienta en ella. Vuelve á colocar su mano

sobre el hombro del artista y suavemente, sin que él oponga resistencia le obliga á reclinar la cabeza contra su corazón.

—¡Mónica!

—¡Chist... silencio, silencio y juicio, pobre niño!... ¡y yo me ofendía!... Yo era capaz de ofenderme al escucharle... ¡Pobre niño grande, pobre grande hombre sin experiencia, que pierde mi sombra, mi protección, mis solicitudes y con un gesto de pánico, volviendo á mi ambas manos, me grita: ¡ven! ¡no me dejes! ¡tengo miedo! ¡Egoísta, como todos los niños, egoísta! ¡pobre Marco! ¿qué va á ser de él en esta separación? ¡Pobre alma-príncipe, hecha á vivir en el lujo y la opulencia de sus ideas-flores!... ¿ves ahora que hay garras en el mundo, ves que hay puñales en las calles, ves que hay fango, ves que hay sangre en el camino?...

Marco Fortis medio tendido en la oscuridad de la otomana, medio recostado en los brazos de Mónica Poldo, creía estar soñando... Le sorprendía el abandono aquel en la mujer que no le había permitido jamás ni el asomo de una galantería. Le daba miedo (y le encantaba al mismo tiempo), aquella seguridad con que ella iba leyendo en su espíritu, haciéndole más llevaderas sus angustias, desde que, al darles forma,

parecía que se las quitara con los labios de encima del alma.

—¡Mónica!—dijo dulcemente, cogiéndole una mano y tratando de besarla.

—¡Lejos!—gritó la patricia, irguiéndose con un salto de tigre.—¡Lejos!

La mano y el brazo tendidos agrandaban la figura.

Marco Fortis estuvo á punto de arrojarse.

Pero el mismo aturdimiento que le produjo el inesperado desenlace de aquella escena incomprensible, le clavó inmóvil, en su sitio.

—¡Perdón!—murmuró.

—¡Perdón, perdón, perdón!... ¿no sabes otra palabra, miserable? ¡Lejos, lejos! esta vida no puede, no podía continuar. Lo hecho está hecho... ¡Y es mejor así!

Una imperceptible turbación interior —¿ira? ¿contrariedad? ¿orgullo ofendido?—hacía chocar unas con otras, en la boca de la veneciana, las perlas de sus dientes.

—Tengo frío... el frío de la madrugada. He perdido una noche, una noche inútil por V., Marco. ¡Qué V. mismo pueda perdonárselo un día; como yo trataré de perdonármelo!

Le tendió la mano.

—Gracias á Dios, esto concluye—dijo—al sentir sobre su piel dorada, el beso

respetuoso y tímido que Marco dejaba allí, en señal de despedida.

—Mi recuerdo le acompañará unos días todavía. He dispuesto por mí misma en nuestro yate la cámara que va á ser suya... Mi *solicitud maternal* no se desmentirá un momento, pobre niño... ¡Corra usted mundo, solo!... ¡Sufra, llore!... Grande hombre, grande hombre... aprenda á ser hombre una hora sola... ¡y recuérdeme, al sentirse barro!

—¿No hemos de vernos más?—sollozó casi Marco Fortis.

—Como hoy nos vemos, nunca más.

—¡Mónica!

—¡Oh, este nombre con la mansa inflexión que V. le dá, me pone furiosa! En adelante, Fortis, cuando trabajando en la labor que ha de ser mía, piense usted en mí, y quiera darme un nombre que me encierre toda, diga enérgicamente, como su martillo de obrero, cuando muerde el marmol: ¡Imperiol!...

No supo el Constructor qué responder.

Ella le miró un rato todavía, como para acabarle de aniquilar con su mirada.

El estaba rendido de las contradictorias emociones. Se perdía en una incompreensión angustiosa y torturadora.

Mónica Poldo, volvió á tomar la lámpara, sonrió triunfalmente, y como el

destino después de haber dictaminado, salió del taller, llevándose la luz y los consuelos.

.....
 Marco Fortis se dejó caer en la otomana, se llevó las manos al rostro y sollozó.



CAPÍTULO QUINTO

I



así nos había llegado á España, hacía unos meses, Marco Fortis, con una aureola de artista aventurero y nómada, de gran constructor, de gran innovador, de gran mantenedor de los destinos de la Raza.

La solicitud de la incomprensible Embajadora iba sembrando su camino de flores, desde lejos, Las embajadas operaron. La de Italia, dióle, en Madrid, una fiesta, agrupando en torno al hijo errante, cuantos nombres tenían algún prestigio como representantes de la nobleza de la sangre ó del cerebro.

Los periódicos, hábilmente manejados por manos expertas, describieron en